os disgustarán los caractéres: el politeismo no suministra cosa alguna para mudar la primera naturaleza salvage y la insuficiencia de las virtudes primitivas.

Y si, por el contrario, cantais la edad moderna, os vereis precisados á desterrar de vuestra obra toda verdad, y á meteros á un tiempo en el bello ideal *físico*. Estando bajo todos los respectos demasiado distantes de la naturaleza y de la religion, no se puede representar fielmente el interior de nuestras cosas domésticas, y mucho menos el fondo de nuestros corazones.

Solo la caballería ofrece el hermoso conjunto de la *verdad* y de la *ficcion*, porque por una parte podeis presentar la pintura de las costumbres en toda su sencillez, un castillo viejo, un ancho hogar, los torneos, las fiestas, la caza, el sonido de la corneta de montería y el ruido de las armas, nada hay de esto que repugne al gusto, ni cosa que se deba *escoger* ó *desechar*; y por otra el poeta cristiano, mas dichoso que Homero, no tiene que deslustrar la pintura, poniendo en ella el hombre bárbaro ó el hombre *natural*; el cristianismo le suministra el perfecto héroe.

Y asi, mientras que Tasso se halla en medio de la naturaleza en cuanto á los objetos físicos, es superior á ella en cuanto á los morales.

Ora bien, la *verdadero* y lo *ideal* son los dos manantiales de todo el interés poético; de lo *interesante* que nos afecta, y de lo *maravilloso*.

CAPITULO XII.

Continuacion del guerrero.

Voy á demostrar ahora, que las virtudes del *caballero*, que elevan su carácter hasta el *bello ideal*, son virtudes verdaderamente cristianas.

Si solo fuesen simples virtudes morales, imaginadas por el poeta, no tendrian movimiento ni resorte. Se puede juzgar de esto por Eneas, de quien Virgilio hizo un héroe filósofo.

Las virtudes puramente morales, son esencialmente frias; no son una cosa sobrepuesta al alma, sino quitada de ella: mas son la ausencia del vicio que la presencia de la virtud.

Mas las virtudes religiosas tienen alas y pasiones. No contentas con abstenerse del mal, procuran hacer el bien. Tienen la actividad del amor, y se mantienen en una region superior, algo exagerada. Tales eran las virtudes de los caballeros; la fé ó fidelidad era su primera virtud.

La fé ó la fidelidad es tambien la primera virtud del cristianismo.

El caballero jamás mentia.—He aqui el cristiano.

El caballero era pobre y el mas desinteresado de los hombres.—He aqui el discípulo del Evangelio.

El caballero se iba por el mundo socorriendo á la viuda y al huérfano.—He aqui la caridad de Jesucristo.

El caballero era tierno y delicado. ¿Y quién hu-

biera podido darle esta dulzura, sino una religion humana, que siempre enseña á respetar la debilidad? ¡Oh, con que benignidad habla el mismo Jesucristo á las mugeres en el Evangelio!

Agamenon declara brutalmente que ama tanto á Briseida como á su esposa, porque hace tan buenas obras como ella.

Un caballero no habla asi.

El cristianismo, por ultimo, es el que ha producido el valor de los héroes modernos, tan superior al de los antiguos.

La verdadera religion nos enseña que el hombre no debe medirse por la fuerza del cuerpo, sino por la grandeza del alma. De aqui resulta que el mas débil caballero no tiembla delante de un enemigo; y que aunque esté seguro de la muerte, jamás piensa en la huida.

Este valor sublime se ha hecho tan comun, que el menor de nuestros soldados de infantería es mas valiente que los Ayax, que huian al ver á Héctor, asi como este tambien volvia las espaldas en viendo á Aquiles. En cuanto á la clemencia de un caballero cristiano para con los vencidos, ¿quién puede negar que dimana del cristianismo?

Los poetas modernos han sacado del carácter caballeresco una multitud de rasgos nuevos. Basta nombrar en la *tragedia* á Bayardo, á Tancredo, Nemours y Couci: Nerestan presenta el rescate de sus compañeros de armas, y se entrega prisionero por no poder satisfacer la suma necesaria para rescatarse á sí mismo. ¡Oh cuan bellas son las costumbres cristianas! Y no hay que decir que es una pura invencion poética, pues hay á millares ejemplos de cristianos que se han entregado en manos de los infieles, ó bien por rescatar á otros cristianos, ó por no poder pagar la suma que habian prometido.

Sabido es cuan favorable sea á la epopeya el carácter caballeresco. ¡Cuan amables son en la *Jerusalen* aquel Reinaldo tan brillante, aquel Tancredo tan generoso, y aquel viejo Raimundo de Tolosa, siempre abatido y siempre en pie! Nos parece estar con ellos bajo los muros de Solima, y oir al jóven Boullon esclamar con motivo de Armida: «¿Qué se dirá en la córte de Francia cuando se sepa que hemos negado nuestro brazo á la belleza?» Para juzgar de la diferencia inmensa que se halla entre los héroes de Homero y los del Tasso, basta tender la vista por el campo de Godofredo y las murallas de Sion. De un lado están los *caballeros*, y de otro los *héroes antiguos*. No tuviera Soliman tanto brillo, si el poeta no le aplicara algunos rasgos de los caballeros: de aqui viene que el mismo héroe infiel toma su magestad del cristianismo.

Pero en Godofredo es en quien es preciso admirar la obra maestra del carácter heróico. Si quiso Eneas librarse de la seduccion de una muger, tuvo que tener los ojos bajos, *inmota tenebat lumina*; oculta su turbacion, y responde cosas vagas: «Reina, no niego tus bondades, me acordaré de Elisa:» *meminisse Elisæ*.

No repele de este modo el capitan cristiano los ardides de Armida: resiste, porque conoce bien los falsos hechizos de este mundo; continúa su vuelo hácia el cielo, *como el ave satisfecha que no baja donde le llama la comida engañadora*.

Qual saturo augel, che non si cali,
Ove il cibo mostrando, altri l'invita.

¿Es necesario combatir, deliberar, apaciguar un alboroto? Bullon es en todas partes grande, en todas partes magnánimo. Ulises hiere á Tersites con su cetro, y detiene á los griegos prontos ya para subir á sus navíos: costumbres sencillas y pintorescas. Pero

ved á Godofredo presentándose solo ante un campo furioso, que le acusa de haber hecho asesinar á un héroe. ¡Qué belleza tan noble y penetrante en la súplica del piadoso capitan, seguro de la conciencia de su virtud! y ¡cómo hace brillar despues esta peticion la intrepidéz del general, que desarmado y con la cabeza descubierta, se presenta ante una soldadesca desenfrenada!

Durante el combate, anima al guerrero cristiano un santo y magestuoso valor, desconocido á los guerreros de Homero y Virgilio. Eneas, cubierto de sus armas divinas, y puesto de pie sobre la popa de su galera, que se acerca á la ribera Rútula, está en una actitud heróica: Agamenon, cual Júpiter fulminante, presenta una imágen llena de grandeza; pero Godofredo no es inferior al padre de los Césares, ni al gefe de los Atridas en el último canto de la *Jerusalen*.

Acaba de salir el sol: los dos ejércitos están á la vista y apercibidos; tremolan al viento los estandartes; flotan los penachos sobre los morriones; los vestidos, las guarniciones, los arneses, las armas, los uniformes. El oro y el hierro centellean con los primeros rayos del dia. Montado en un veloz caballo, recorre Godofredo las filas de su ejército: habla, y su discurso es un modelo de elocuencia guerrera. Centellea su cabeza, y brilla su rostro con un resplandor desconocido; el ángel de la victoria le cubre invisiblemente con sus alas. Queda todo repentinamente en un profundo silencio; y se postran las legiones adorando á aquel que derribó á Goliat por mano de un jóven pastor. Resuena de improviso la trompeta, levántanse los soldados cristianos, y llenos del furor del Dios de los ejércitos, se arrojan precipitadamente sobre los batallones enemigos.

LIBRO TERCERO.

Continuacion de la poesia en sus relaciones con los hombres.

PASIONES.

CAPITULO PRIMERO.

El cristianismo ha mudado las relaciones de las pasiones, mudando las bases del vicio y de la virtud.

Examinados los caractéres, paso ahora á ocuparme en las *pasiones*; porque aunque es cierto que tratando de los primeros, me ha sido imposible no tocar algo de las segundas, aqui me propongo hablar mas de propósito.

Si existiese una religion cuya principal ocupacion fuese poner una barrera á las pasiones del hombre, aumentaria necesariamente el juego de estas pasiones en el drama y en la epopeya; seria mas favorable á la pintura de los sentimientos, que cualquiera otra institucion religiosa que no conociese los delitos del corazon, y obrase sobre nosotros solo por escenas esterio-